

Homilia, Domingo XXII, Tiempo Ordinario.
Por Padre. Juan Carlos Castillo Mayorga

Los textos que acabamos de escuchar hoy, la primera lectura como el Evangelio, tienen una hermosa conexión, dado que la disposición del profeta Jeremías, es una actitud de total desprendimiento de sí para dejar que Dios haga su obra en la vida del profeta. Cosa igual no pasó con Pedro, que después que por boca de Jesús fue puesto como jefe de la Iglesia, no llega a comprender el anuncio de la pasión que Cristo les acaba de decir. Después de escuchar a Jesús, Pedro se conmueve. Sus sentimientos humanos de amor al maestro, no dejan ver en este misterio de la pasión, la voluntad de Dios. Aquí podemos encontrar dos aspectos muy importantes.

1. Jeremías en la primera lectura, a pesar de los maltratos de parte de las autoridades judías, toma la condición de discípulo; y a pesar de las persecuciones, sabiendo las consecuencias del seguimiento a la voluntad de Dios, exclama: Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Él estaba consciente de su vocación.

2. Pedro, el apóstol, atento también a la voz de Dios por medio de Cristo, no logra comprender aún su vocación, su misión y las consecuencias del discipulado. Por eso, se lleva a parte a Jesús, (es decir, le habló en secreto) y trató de convencerlo, diciéndole que no es posible que pase por el misterio de la Cruz. Cristo se lo lleva a la comunidad, y delante de todos ellos, reprende a Pedro.

Las intenciones de Pedro son buenas, pero no están dentro del plan de Dios. Por eso, las palabras de Jesús son una norma de vida para el discipulado. Jesús, de ninguna manera le dijo a Pedro que era satanás, poseído en él. Le dio a entender: Si quieres ser discípulo mío, quítate de mi camino y ponte detrás de mí, porque el maestro soy yo. Esto es algo que el profeta Jeremías tenía bien claro; sabía que era discípulo.

Pedro se escandaliza ante el llamado de Jesús; quien quiera seguirle, debe hacerlo a través de la cruz. Es posible que yo me escandalice también ante las palabras que hoy me dice Jesús. El único camino para seguirlo, es la cruz. Si nos escandalizamos, es posible que no queramos cargar la cruz gloriosa del señor resucitado; olvidamos que la cruz, es sabiduría de Dios, y para el mundo, no significa nada. Es seguro que queremos ir al cielo, pero sin pasar por la cruz. Para ir al cielo, hay que pasar por el calvario. Por qué? Porque la cruz, es la que nos ayuda a arrancar de nosotros la soberbia; que es la madre de todos los pecados y junto con este pecado, todos los demás que no nos dejan perfeccionarnos en el amor. Solamente el que ama, es capaz de dar la vida por el Evangelio, y obtener de Dios, la promesa de la vida eterna.

Mientras nos preparamos para el encuentro definitivo con Dios en el cielo, ¿qué debemos hacer? Ser obediente a lo que nos dice san Pablo en la segunda lectura. Presentar nuestros cuerpos como hostias vivas, santas, para que podamos darle un verdadero culto. En otras palabras, purifiquemos nuestra conciencia y nuestro corazón, del pecado. Para que podamos vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios, y así, con la cruz de cada día, paso a paso, con nuestra obediencia a Dios, alcancemos la gloria eterna, que tanto deseamos.